



# El día en la mar

**E**l día, esta pequeña porción de tiempo, que cuando niño me lo imaginaba gráficamente de forma cuadrada al igual como figura en las hojas de los bloques de calendario, nos consta tiene una duración teórica de 24 horas; digo «teórica» porque supongo que no sólo me habrá ocurrido a mí de pasar días que verdaderamente parecen tener 48 y más horas o bien a la inversa, y por donde se llega a la conclusión de que nos debe tener sin cuidado su duración solar si no coincide con nuestro estado de ánimo.

Lo dicho ocurre también en días que transcurren dentro del mismo ambiente de vida, pero su diferencia es mucho más pronunciada si se cambia dicho ambiente de un día al otro. Así tenemos que, un día pasado en la mar o en la tierra, es completamente distinto en la vida de un hombre a pesar de tener la misma duración: en el primer caso, incluso el reloj, este magnífico aparato que descansa a nuestro cerebro del trabajo de medir el tiempo, parece cambiar la velocidad de sus agujas, y el mismo cerebro se desorienta en la forma de interpretar las horas solares, pues hasta los rayos del astro rey parecen caer de forma distinta de como caen en la tierra.

En los barcos, se vive una vida premisa a la de tierra, las horas más importantes, que creo son las de comer, desorientan por completo a un hombre extraño a la mar, ya que el desayuno, normalmente se lo sirven de 6 y media a 7 de la mañana, el almuerzo, a las 12 del mediodía y la comida de 5 y media a 6 de la tarde.

Para cerciorarnos del transtorno que produce este horario a un hombre acostumbrado en tierra, no tenemos más que observar a un pasajero que embarca por primera vez en su vida. Su primer fiasco lo comete el primer día levantándose tarde, y como consecuencia, se queda sin desayuno, además tiene que acostumbrarse a dar los buenos

días a todo el personal del barco, lo que difiere de cuando se encuentra en casa, que los da solamente a un número reducido de personas o familiares. Como secuela de su prolongado sueño, no tarda mucho para que le sorprenda el oír la campana del almuerzo, cuya primera reacción consiste en interrogar seguidamente su reloj y comprobar a la vez si su cuerda y maquinaria está en perfecto estado, convenciéndose luego, sin duda alguna, de su perfecto funcionamiento y a la vez que la campana del almuerzo ha sonado, no le queda más remedio que almorzar, aunque no tenga la más mínima sombra de apetito, que lo expresa con una inclinación característica con la cabeza. Después de su buen almuerzo, tomará su café y si curioseá otra vez la hora de su reloj, volverá a sorprenderse: - Cómo! si es la una de la tarde y ya estoy tomándome el café!! - y queda así conformado a este horario, que para él es completamente anormal, cuando después de una tranquila siesta, si la mar se lo permite, se encuentra otra vez delante de los platos de la comida, acostándose seguramente a la hora que en tierra saldría de su trabajo.

Lo malo de los días de mar, no es acostumbrarse a estos horarios, sino el tener luego que des acostumbrarse al llegar a tierra. Pues, si bien el hombre es un animal de costumbre (con perdón de la expresión) no deja con excesiva facilidad las costumbres adquiridas.

Y no solamente son estos los hábitos que se aprenden en la mar, sino también el aprender a pasearse por un suelo que está constantemente inquieto; pero en este punto, falla muchas veces lo que se dice que: «el hombre se acostumbra a todo».

*Jorge Marccá Lleonart*

En Marín, Julio de 1950.

